

NADANDO ENTRE RANAS

La lluvia arreció a media noche y me sirvió de soporífero, Chanita durmiendo a mi lado, ni se mosqueó. Atalita y Jorgito silbaban plácidamente y con Chusín, algo raro e inusual: en sus tres meses de vida, ya podría yo presumir de su primer isueño de cuatro horas ininterrumpidas a pierna suelta. El incesante llover fortaleció mi sueño y volví a ser atrapado por las redes de Morfeo

Rato después el fuerte sonido del agua corriente, como de un caudaloso río, amén del croar de las ranas, me despabilaron completamente. Acuciado por mi natural curiosidad, prendí mi encendedor de gasolina y le pasé la llama al quinqué de petróleo asentado sobre la mesita de noche. Con la luz entendí el origen de mis sueños de cascadas o caudalosos ríos. Veía pasar las cosas flotando alrededor de la cama. Al sacudir mi cabeza y siguió igual, no estaba soñando, pues todo era real. Chancleteando como pude me dirigí a la puerta que daba acceso a la sala, donde estaba haciendo de represa. Al abrirla, el agua, al seguir ese nivel de una grada, la pasó siguiendo su veloz desplazamiento hacia la puerta de la calle, la cual también abrí y el líquido elemento se desparramó por completo de nuestra acera de unos cuarenta centímetros de alto, hacia la avenida.

Cuando regresé a la recámara tuve conciencia del origen de la inundación: Gracias al desnivel, el agua procedente del terreno del lado norte, penetró por una abertura de unos diez por treinta centímetros a ras de piso, hecha, quizá por el dueño de ese enorme frutal ubicado en el centro de la manzana, colindando con nosotros en el lado sur. De ahí manaba todo el líquido regalado por la lluvia. Todo iba bien hasta que la basura tapó el albañal que se encuentra en la grada del comedor y corre bajo el piso a la calle, en el momento mas crucial del tremento aguacero.

Me puse mi traje de baño y me dirigí al patio, con el palo de trapear que estaba en la cocina. Batallé mucho rato hasta que el albañal se deestapó desahogándose toda el agua del patio en pocos minutos. Entré a la recámara y fuera de todo lo que estaba mojado, los niños y mi esposa dormían profundamente. Tomé una toalla seca que estaba colgada de un gancho y me dirigí a la regadera a un lado del patio, frente a la cocina, donde tomé el encendedor de la estufa y prendí una vela guardada en el trinchador para usarla como repuesto... La lluvia cesó, de repente, al igual que al inicio. Puse mi vela en una repisa y comencé a bañarme. “no podrá decirme nunca nadie, que no me baño a cualquier hora, lugar y ocasión”, dije.